

En la mitad de la nada

Sara Cortés es una mujer que vive en la serranía de la Macarena (Meta), parque al que sólo tienen acceso las Farc. Así vive una viuda, madre de nueve hijos que depende sólo de ella y de la naturaleza.

Por **Alejandra de Vengoechea**, La Macarena
Fotos **Claudia Rubio**

Aquella tarde de septiembre, Sara Cortés atravesó la calle principal del municipio de La Macarena escoltada por seis soldados. Lo hizo con el mentón erguido, y las miradas del pelotón no tuvieron más remedio que clavarse sobre ella con un gesto de complicidad. La mujer, burlesca, soltó una sonrisa de medio lado. Hace mucho tiempo le perdió el respeto al Ejército.

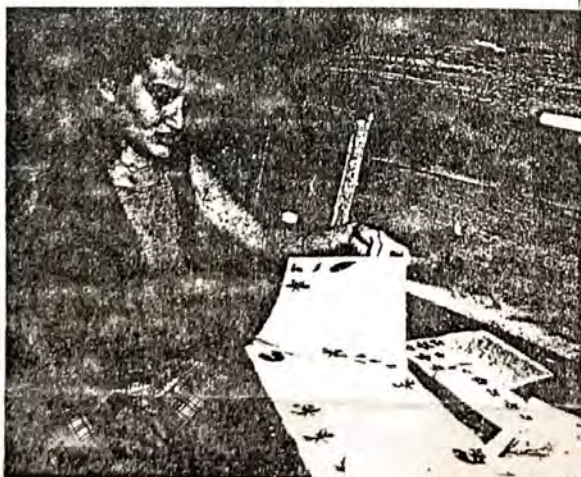
Ocurrió durante la operación Yarí, un año atrás. Por ese entonces, las Fuerzas Militares colombianas habían desempolvado lo mejor de su artillería para darle un duro golpe a la cúpula de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia. Farc, dueñas de este pedazo del sur del país. Fue un triunfo pírrico: un guerrillero y cientos de vacas dados de baja. Pero para ella significó una de las más grandes derrotas de su

vida: una de las bombas del apocalipsis cayó cerca de la huerta de su casa, en donde estaba justamente Carlos Mauricio, el menor de sus nueve hijos. El niño, de sólo tres años, se desmayó no tanto por la explosión sino porque la llamarada lo de-

volvió a las pesadillas del pasado: cuando apenas era un bebé, tuvo que presenciar el asesinato de su padre, el pintor Melquisedec Fernández.

Cerca de las estrellas

Es algo de lo que Sara prefiere no hablar. Simplemente



Cada hoja de papel reciclado producido en esta casa ecológica de La Macarena le fue vendido al Fondo Mixto.



te mira la ventana de su cuarto, el mismo donde duermen los diez miembros de esta particular familia. Fue ahí donde asesinaron a su marido cuando todos estaban medio sonámbulos por el sueño. Le duele, claro. Pero durante estos cuatro años ha tenido que sacar adelante a

La misma guerrilla no entiende cómo ha hecho Sara Cortés para educar sola y en plena selva a sus nueve hijos.



Vegetarianos hasta en su alimentación. Esta filosofía mantiene sanos y fuertes a Sara (centro) y a su familia.

sus nueve hijos y demostrarles, sobre todo, que en esta vida se puede vivir sin depender de nada ni de nadie.

Esta decisión la tomó muchos años atrás cuando, junto con Melquisedec, emprendió un viaje hacia el Guaviare para conocer unos petroglifos cercanos a la orilla del río Guayabero. Él pintor, ella educadora. Definitivamente no se veían sentados en una oficina, ganando un salario cada quincena, lejos de la naturaleza. Así que se instala-

Los Fernández Cortés utilizan cada desecho y lo reciclan debidamente en canecas.



ron en una carpa a sólo diez minutos a pie de caño Cristales, en la serranía de la Macarena, y allí, cerca de las estrellas, embutieron, felices, su futuro.

De eso ya hace ocho años. La carpa se convirtió en tres casas de madera en la mitad de una zona virgen que hoy tiene la particularidad de ser un territorio en guerra vigilado por las Farc. Y hoy, una de las zonas de despeje.

Por eso, para visitar a Sara y a sus hijos, hay que empezar por hacerse el de la vista gorda con un aviso puesto por este grupo guerrillero donde, de manera muy educada, el VII frente de las Farc explica que la entrada al parque de la Macarena está prohibida. Tienen razones ecológicas: el turismo ha causado suficientes estragos en una zona que es patrimonio histórico de la humanidad desde 1948.

Buenas energías

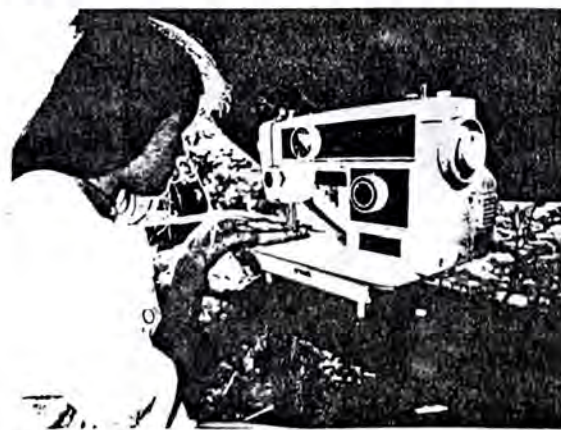
Tras dos horas y media de camino por el único sendero que atraviesa esta inmensa sabana absolutamente despoblada, al fin una cerca. Más allá, otro aviso: «Proyecto: Amemos la naturaleza. Grupo de educación ambiental». En el fondo, las tres casas de madera, con techo en forma de pirámide —por aquello de las buenas energías— y niños trabajando en una huerta, o cosiendo, o cocinando, o fabricando libretas con papel reciclado.

Es algo difícil de creer. Una mujer, con nueve hijos, en la mitad de la nada —o en la mitad de todo—, que no sólo se encarga de alimentarlos, vestirlos y sanarlos, sino de enseñarles la primaria porque el bachillerato lo validan por educación a distancia.

Y entonces, a medida que se vive con ellos, se obtiene una certeza: es posible existir sin depender de nada ni de



La familia Fernández Cortés en su escenario natural.



La energía solar alimenta la máquina para coser su ropa.

nadie. La casa, por ejemplo, dispone de energía solar y una huerta con los alimentos básicos como para mantener una dieta equilibrada a base de soya, frutas y verduras. El agua abunda. El abono para que las semillas produzcan tomates, piñas y papayas en

esta tierra ácida en la que sólo se da la coca, la fabrican ellos mismos con gusanos que, también, vienen del subsuelo. La ropa es cosida y diseñada en una vieja máquina de coser que traquetea gracias a los rayos del sol. El último de sus hijos es un verdadero her-

*El menor de los
hijos de Sara es
su hermano
más pequeño.
La naturaleza
nació dentro
de caño
Cristales.*

mano de la naturaleza: lo tuvo en el agua, en una noche de luna llena, dentro del propio caño Cristales.

La meta de Sara

Son otros los que dependen de Sara Cortés. Ella dicta clases de ecoturismo en la escuela León XIII, en La Macarena, y los soldados la escoltan más por respeto que por temor cuando acude a las reuniones de la junta de acción comunal del municipio, de la que es presidente. Y le gusta formar parte de las mesas de diálogo por la paz, aunque a veces le dan miedo las balas. «Tengo nueve bocas que alimentar», dice.

El de ella es, en pocas palabras, un territorio de paz que nadie viola, ni siquiera los «muchachos» (guerrilleros) que de tanto en tanto pasan y sólo osan pedir agua o café. «Sara es una mujer de admirar», contó uno de ellos. «A veces para uno es difícil entender cómo puede tener unos hijos tan bien formados en medio de la selva, dependiendo sólo de la naturaleza», añadió otro.

Es posible. Esa fue la meta de Sara hace ocho años y ahora puede mostrarlo. Todos sus hijos trabajan en una empresa familiar que produce desde papel reciclado hasta marionetas y que les permite vivir en su mundo de libertad. Han logrado hacer crecer la paz en un campo minado por la guerra. ■